



Las guerras de Alejandra



Gabriela Castellanos

LAS GUERRAS DE ALEJANDRA

Novela

Gabriela Castellanos Llanos

Primera edición, 2005.

Programa Editorial Universidad del Valle

Ciudad Universitaria, Meléndez

Cali, Colombia

© Gabriela Castellanos

Segunda edición, 2015

ISBN:

978-9587603657

*Cuando llegue la luna llena
iré a Santiago de Cuba.
Iré a Santiago
en un coche de agua negra.
Cantarán los techos de palmera.
Iré a Santiago.*

.....
*Siempre dije que yo iría a Santiago
en un coche de agua negra.
Iré a Santiago.
Brisa y alcohol en las ruedas.
Iré a Santiago.*

.....
*¡Oh Cuba, oh curva de suspiro y barro!
Iré a Santiago.*

Federico García Lorca

1

*Una gran guerra assolaba a la humanidad y nadie lograba penetrar el palacio de Olofi [dios supremo de la santería], que guardaba su privacidad con numerosos soldados. Ochún [diosa u **oricha** del amor], cocinó unos bollitos y los roció con la miel que le pertenece. Además colocó en su canasto cinco carretes de hilo y varias agujas. Cuando el primer soldado le dio el alto, ella, zalamera, le ofreció un bollito mientras le decía: “Tienes la ropa rasgada. Ven, y te la coseré”. Encantado, el guardia la dejó pasar. Y así hicieron sucesivamente todos los demás. Al llegar a las puertas del palacio de Olofi, Ochún comenzó a coquetear con los soldados y derramó los bollos en el suelo. Mientras aquellos comían, la **oricha** se deslizó por la puerta y llegó hasta Olofi: “Babá, tus hijos mueren en la guerra y no tienen qué comer, apiádate de ellos”. Olofi se compadeció de sus criaturas y la paz volvió a reinar sobre la tierra.*

Jorge Castellanos e Isabel Castellanos
Cultura afrocubana (Vol. 3)

Alejandra camina por la playa de Siboney de la mano de su mamá, en medio de destellos blancos que bordean cada figura, relámpagos de brillos que por segundos se vuelven amarillos, irisados. Cuando van a entrar al agua reverberante, cegadora, de entre las piernas de la niña cae un chorro grueso de sangre oscura. Grita, pero Teresa no se inmuta: “No te preocupes, eso nos pasa a todas”. En el mar están sus compañeras de escuela, cada una de la mano de su mamá, sumergidas hasta la cintura en olas de sangre oscura y espumosa. Sobre las olas caminan, como Jesucristo, dos militares que llevan tigres de Bengala amarrados del cuello con cadenas. César, un amigo del colegio un poco mayor que le gusta mucho, pasa por allí y le dice: “¿Ves, Alejandra? ¿Para qué naciste niña?”. Llena de vergüenza, ella la emprende a golpes con su mamá, que cae al suelo, ensangrentada de pies a cabeza. Sobre la arena, se convierte en un hombre gordo de ojos saltones, que grita: “¡Yo los maté, mátenme!”

Alejandra se despierta bañada en sudor, mira hacia la puerta de su cuarto, que sabe entreabierta, pero no la distingue entre las sombras; mira los contornos de su nochero, apenas visibles a la luz de la calle que se filtra por un costado de las cortinas. No hay otro ruido más que los grillos. De pronto el calor de la noche santiaguera se hace más hondo, insoportable. El aire es un caldo espeso, como el sudor que hace que su pequeño camisón se le adhiera a la piel, como esa sangre que ha visto en el mar... Quisiera levantarse, tomar agua, pero tiene miedo. Entonces recuerda lo que ha oído en el colegio, las historias de la sangre menstrual, de los dolores y de las toallas higiénicas. Carolina y ella de pie, en el pasillo junto al estante donde venden galletas y refrescos en los recreos, un poco incrédulas al principio, luego oyendo y oyendo, abrumadas, mientras Hilda habla y se ríe. Y luego Lina mientras barría, escuchando su historia, casi asintiendo pero no del todo; ni siquiera desmintió lo otro que había dicho Hilda (“después de volverse señorita, si te agarra un hombre”), sino que se alejó barriendo, no quiso contestar ninguna pregunta.

Pero hay algo tranquilizador en el mero recuerdo de la cara de Lina ante su insistencia, su cara de un bello color de chocolate crudo, la terquedad de su boca fruncida, con el mismo gesto con que dice, “Los niños hablan cuando las gallinas mean”. Lina, aun brava, nunca está demasiado lejos de la carcajada; recordarla, saber que debe estar durmiendo en su pequeño cuarto junto a la cocina, es como un sedante para Alejandra, y pronto se queda dormida.

Al día siguiente le contó su sueño a Lina, porque jamás se lo contaría a sus papás. La joven no dudó un momento: la causa había sido el exceso de chicharrones de la comida de la noche anterior. “Ya lo sabía yo cuando te vi, fueron como siete. A ver, saca la lengua... Ajá, ¿qué te decía yo?” La hizo sentarse en un

taburete frente a la mesa de la cocina, y se puso a prepararle un agüita de toronjil con mejorana y yerba Luisa, lamentándose de no tener albahaca morada.

Mientras esperaba el cocimiento, Alejandra recordó que el hombre gordo de su sueño tenía la misma cara del que había visto dos semanas atrás, un día en que había ido con su mamá a casa de la modista. Al oír una bulla en la calle, se asomaron al balcón y vieron una muchedumbre detrás de dos policías, que caminaban uno a cada lado del gordo, agarrándole los brazos. El detenido venía con la camisa rota y ensangrentada, mostrando la barrigota peluda, también untada de sangre. Tenía los ojos desorbitados, rojos como coágulos. Iba pidiendo a gritos que lo mataran.

La hermana mayor de la modista había bajado a saltos la escalera, para averiguar qué pasaba. En pocos minutos había llegado la historia hasta el grupito de mujeres que revoloteaba del balcón a la sala, mirándose y mirando a los vecinos que allá abajo conversaban en todas las puertas, con el vendedor de lotería en su guayabera, con el mulato joven que vendía las naranjas: el gordo era un vecino que acababa de matar a su mujer por celos. Ella había tratado de escudarse detrás de sus hijos, pero el marido no había escuchado súplicas ni llantos, y le había dado más de diez puñaladas. Ahora lo llevaban hacia la estación de policía.

A Alejandra le sorprendió que la modista, su hermana y sus dos amigas parecieran compadecer más al asesino que a la víctima. “El pobre era tan decente, nunca le decía una mala palabra a nadie”. La esposa, en cambio, era una guaricandilla, no tenía educación. Cuando peleaba con alguien gritaba como una verdulera. “Y no era una mujer de su hogar”. Alguien recordó en voz alta que ya estaba muerta. Entonces varias dijeron, “Que en paz descanse,” y todas se persignaron.

* * *

Unos días antes, Alejandra se había trepado a la cerca del patio y había visto al otro lado una gallina echada, cacareando, hasta que se levantó, dejando un huevo en el suelo. ¿Cómo era posible que no se hubiera roto al salir? Cuando le preguntó a su papá, él se quedó unos minutos inmóvil y luego en voz baja le contestó: “Es que *eso* es muy elástico”. Esta respuesta asombró a la niña, porque su papá odiaba la vaguedad. A su hermano Federico y a ella muchas veces les decía: “¿Qué quieres decir? Usa la palabra precisa”. De modo que insistió: “¿Qué es muy elástico? ¿Los huevos?” Ella sabía muy bien que las cáscaras eran duras y quebradizas; precisamente por eso era que preguntaba. Pero se imaginaba que los huevos podrían ser primero blandos como las cápsulas de aceite de hígado de bacalao que le daba su mamá, y volverse luego duros al quedar al aire. Hubo una nueva pausa,

hasta que le contestó: “No, los huevos no, la ... la ... la ... el ano”. Su padre, que nunca tartamudeaba.

Teresa y Paco, sus padres, eran maestros, y por lo regular a ambos les encantaba poder explicarles cualquier cosa a Alejandra y a Federico. Su padre, sobre todo, nunca desaprovechaba oportunidad de enseñarles. Haberlo desconcertado con una pregunta tan sencilla, era como haber ganado en un juego desconocido, pero era un poco triste también. Dos o tres días más tarde, Teresa le entregó a Alejandra un pequeño libro, de carátula color arena, titulado **Los misterios de la vida revelados a los niños**, y le dijo que lo leyera.

Hojeando las páginas amarillentas, llenas de letras y sin dibujos, Alejandra descubrió dos subtítulos que despertaron su curiosidad: **REPRODUCCIÓN ASEXUAL** y **REPRODUCCIÓN SEXUAL**. Casi cada párrafo se dirigía melífluamente a los “queridos niños lectores”. Trataba sobre pájaros, peces, hormigas, flores y abejas. Así Alejandra se enteró de que las amebas tenían la facultad de dividirse en dos, mientras las hormigas tenían reinas que ponían infinitos huevos, y los peces machos fecundaban los que las hembras habían puesto, regando su esperma sobre ellos. Había algo más, algo que el autor parecía a punto de revelar, algo que aparecería, quizás, en la próxima página, o en la siguiente, pero nunca se llegaba a ello. Las frases daban vueltas y vueltas alrededor de. . . de nada, pensaba Alejandra. Pero lo más extraño de todo era que su mamá quisiera que leyera aquello. ¿Para qué? Aquello de “**SEXUAL**” y “**ASEXUAL**” sonaba definitivamente a cochinas, a groserías, a frases que los adultos decían en voz baja ante los niños, o que los hacían sonreír o inclusive reírse a carcajadas cuando creían que no había ningún niño cerca.

Estuvo sentada un momento, pensando. Todo esto tenía algo que ver con la pregunta sobre las gallinas. Daba rabia, mucha rabia, pero ¿por qué? Cansada de no entender, se fue a la cocina a buscar a Lina.

* * *

*Pero sobre Alejandra estaba desplegada, dispuesta a no dejarla obliterar, protegiéndola, la alegre túnica amarilla de Ochún: Ochún, la **oricha** de las aguas dulces, la diosa del amor; la jacarandosa, la bella, la de muslos brillantes y ligeros, la del sexo de miel, la coqueta Ochún. Alejandra no era hija de Ochún, sino de Obatalá. Este gran **oricha**, el mayor de todos, el que trabaja siempre con Oddudúa, su otra mitad, fue quien modeló con la ayuda de ella a hombres y mujeres para que Olofi les insuflara el alma. Fue Obatalá quien hizo la tierra, regando en el suelo y apisonando con sus pies el puñado de polvo que le diera Olofi, secando así el pantano original para que se pudiera sembrar y criar animales (aunque a mitad de la faena se emborrachó y fue Oddudúa la que tuvo que terminar el trabajo).*

El gran Obatalá, el Orichanla, amaba tanto a Alejandra que le dijo un día a Ochún: “Mira, chica, allá en Santiago tengo una hija que me tiene preocupado. Si tú no me ayudas me

la van a volver una boba. Así que quiero que me la cuides, y que cuando llegue el momento, me le enseñes lo que tenga que saber". Y por eso Ochún estaba pendiente, mirando de tiempo en tiempo en sus cuentas de ámbar, para ver cómo impedía que a Alejandra la llenaran de miedos y de perendengues.

* * *

Mientras terminaba de rallar la malanga para las frituras, Lina dialogaba con la estatuilla que mantenía sobre un estante de la cocina. Cuando entró Alejandra estaba dándole las gracias con mucha dulzura, porque la noche anterior le había ido bien en su examen de matemáticas en la escuela nocturna, donde cursaba cuarto año de bachillerato comercial. Sus diálogos con la Virgen de la Caridad, su "Cachita", su Ochún, no siempre eran tan cordiales. Si Miguel no acudía a una cita, o si la empleada de la quincalla le vendía a otra clienta los aretes que Lina había reservado para llevárselos el día de pago, ella insultaba a la Virgen, le manoteaba, le prometía que iba a ponerla a "comer tierra", y la volteaba hacia la pared. Sin embargo, la mayor parte de las veces le hablaba como a una amiga, riéndose al referir alguna anécdota, o contándole sus problemas y pidiéndole ayuda.

Era huérfana de madre desde los quince años, y nunca había conocido a su padre, pero tenía tíos, primos y hermanos mayores en su ciudad natal, Baracoa, y los visitaba una vez al año. Regresaba a Santiago por vías impredecibles, porque de la punta oriental de la isla sólo se viajaba en viejas e inconstantes goletas. Llegaba radiante, cubierta de pies a cabeza de tierra roja, y trayendo manjares exquisitos: aguacates del tamaño de melones, tomates enormes, jugosos y colorados como su misma boca pintada, y turrónes de semilla de marañón, de una masa blanca finísima, en la forma de una rueda paleolítica, y de un sabor tan delicado que según Paco correspondían exactamente a su idea de la ambrosía. De tanto oír los relatos de Lina, Alejandra y Federico soñaban con Baracoa como una tierra privilegiada donde los mangos de bizcochuelo con sabor a almíbar y carnes de durazno colgaban en enorme racimos al alcance de la mano, y donde el pueblo entero era como una sola casa porque todas las puertas permanecían abiertas.

Ante sus patronos, Lina nunca se atrevía a hablar con los santos abiertamente, pero con la niña era diferente. Cuando terminó de hablar, Alejandra siguió mirando cómo dejaba caer las cucharadas de malanga rallada en el aceite caliente. Pero no mencionó el folleto exasperante, sino que le preguntó cuándo volvería Miguel.

— Ay, Nanita, eso quisiera saber yo. Ya hace casi cinco meses que no lo veo. Pero él ya me dijo que le iban a dar un trabajo muy bueno aquí en Santiago, que un amigo lo va a ayudar.

— ¿Qué trabajo, Lina?

— Es con un político muy importante. A ver si así el pobre deja de andar como judío errante.

Miguel era chofer, y con su trabajo sostenía a su mamá y a dos hermanitos, aunque ganaba muy poco. Manejaba un automóvil grande, viejo y destartado, propiedad de un tendero gallego, llevando a los pueblos y caseríos vecinos las mercancías que llegaban en goleta a Baracoa. Sólo muy ocasionalmente lo enviaban a Santiago a alguna diligencia. Pero ahora tenía esperanzas de conseguir un buen empleo, gracias al amigo que había tenido la suerte de beneficiarse del nuevo régimen, y le había prometido recomendarlo. Ahora que el golpe de estado de Batista había creado la necesidad de nuevos empleados en todos los niveles, hacían falta choferes para la burocracia renovada.

Hoy Lina se sentía optimista. Hacía pocos días había visto una hermosa cubrecama de satén rosado, alcohadito, en El Encanto, que se vería muy bien sobre la cama grande que Miguel pensaba comprarle. A la niña le prometió comprarle una bata rosada para que fuera la dama de su boda, y se puso a describírsela en detalle. Cuando recapacitó, dos de las frituras se habían quemado.

— Coño, Nana, mira lo que me hiciste hacer. A ver, váyase, váyase a jugar. Claro que la culpa es mía, por ponerme a hacerle caso a esta muchachita. Bien dicen que el que con niño se acuesta . . . ya se sabe cómo amanece. . .

Alejandra sabía bien, al verla así, que ya no le sacaría más conversación por mucho que intentara, de modo que decidió, mientras estaba listo el almuerzo, irse a buscar a su hermano. No iba a encontrarlo, porque Federico se había ido a jugar a la calle. Como la casa era una de las últimas en un nuevo reparto con áreas aún sin pavimentar, al otro lado de la calle y al final de la cuadra empezaba el saó. Aunque se lo tenían prohibido, Federico con frecuencia se internaba en el saó, donde Alejandra, un año mayor que él, no se atrevía a penetrar si no iba acompañada por Lina o por algún otro adulto. La niña había entrado allí con Lina algunas veces, a buscar alguna yerba. El saó, poblado de lagartijas furtivas, de hormigas en fila subiendo los tallos, de enormes, feroces bibijaguas, hasta de jutías con sus crías, era mucho más que la suma de las yerbas y los rastros que lo componían, porque era casi lo mismo que el monte. En el monte vivían todos los orichas. En secreto, cuando Teresa y Paco no estaban cerca, Lina le contaba sus *patakies*, sus cuentos sobre las andanzas de Ochún, de Changó, de Obatalá, y poco a poco Alejandra había entendido que el monte era sagrado. Infinitamente variado, espléndido, se extendía hasta no se sabía dónde, y era la fuente del *aché*, del poder de los orichas.

Ahora, con la doble frustración del folleto incomprensible y de no poder encontrar a Federico, la niña se encerró en su cuarto a construir un monte de mentiritas. Lo primero que hizo fue buscar una aguja y un carretel de hilo en el costurero de su mamá. Luego desvistió la cama, y extendió sábanas y cubrecama entre la silla, el escritorio y la mesa de noche, formando un toldo. Sentándose debajo de él en el suelo, colgó de ese firmamento sus muñecas de cartón, las mil batas de papel. Entonces, alineando sus *jacks* y colocando encima de cada uno de

ellos una ficha de sus juegos, armó una fila de hormigas atareadas en llevar trozos de hojas y flores al hormiguero. La niña, reina de las hormigas, armaba huevos de plastilina mientras silbaba, en vez de cacarear. Alrededor de su cabeza revoloteaba un enjambre de cartulinas y papeles, como una nube de brillantes pájaros multicolores.

* * *

Uno de los recuerdos más vívidos de la infancia de Alejandra es de una discusión entre Lina y la sirvienta de una vecina. Era una mulata recién llegada al barrio, que tan pronto vio a Lina por primera vez le cogió tirria, como Lina decía. Nunca llegó ni a saludarla, y cada vez que le pasaba por delante fruncía el ceño y se viraba, refunfuñando entre dientes. Un día salieron Lina y Alejandra con Carmita, la empleada de la casa contigua, a comprar arroz en la tienda. Cuando pasaron por donde vivía la mulata nueva, alcanzaron a oír que decía “esa negra asquerosa”. Allí fue donde Lina, a lo mejor por vergüenza con Carmita, no aguantó más. Le dijo a su amiga, “Aguántame a esta muchachita aquí un momentico”, y se fue como una tromba a parársele al frente a la mulata. Parecía una desconocida, con los puños en la cintura y los brazos en jarras, gritándole a la otra, “¿Ve, a quién le dices tú asquerosa, mulata desteñida? ¿A quién, a ver, a quién?” La muchacha se puso más desteñida todavía, y le contestó con la voz temblorosa, “Eh-eh, si yo no le he dicho nada a nadie, qué se ha creído, si yo ni la conozco, tan chusma”, y se entró a la casa casi corriendo. A nadie le extrañó su fuga, pues con la rabia que tenía Lina, le metía miedo a cualquiera. Hasta Alejandra estaba temblando. Después quiso saber por qué esa muchacha le había dicho asquerosa. Le parecía incomprendible, pues Lina era casi tan bella como la propia Teresa, aunque fueran tan distintas: alta, más bien flaca, tenía los brazos y las piernas musculosos, la piel oscura y brillante, los senos y las nalgas duros y redondos. Pero ella no dudó un minuto: “Porque es más clarita que yo, por eso me tiene odio”.

* * *

La noche de su noveno cumpleaños, al poco rato de haberse quedado dormida, Alejandra oyó algo que la hizo despertarse nuevamente. Quizá no haya sido propiamente un ruido, sino más bien la ausencia de sonidos familiares que nunca faltaban a esas horas: Lina fregando algunos platos, o haciendo sus tareas sobre la mesa enclenque de la cocina, que se tambaleaba y crujía de vez en cuando, o el ruido del enorme televisor de consola que tenía la familia desde hacía varios meses, cuando llegaron las primeras transmisiones en blanco y negro a Santiago de Cuba. Paco y Teresa habían salido y Federico ya hacía rato que se había quedado dormido, exhausto de tanto pedalear en su triciclo. O tal vez Alejandra sí había

oído entre sueños abrirse la puerta trasera, la que daba al patio, porque después de ir hacia la puerta del frente a comprobar que estaba cerrada, y de verificar también que Lina no estaba en su cuarto, se fue directamente al comedor. Ya iba a pasar a la cocina, cuando oyó voces. Venían del cobertizo al lado de la cocina, donde estaba el lavadero y por donde se salía al patio, pero la niña no sintió temor, porque inmediatamente supo que eran Lina y Miguel, conversando en voz baja. Si hubiera entrado a la cocina, ellos inevitablemente la habrían visto, y nada hubiera sucedido. Miguel la habría saludado, se habría ido pronto, y Lina le habría pedido que no le dijera a sus papás que había venido, después de contarle muchas cosas que Miguel le había dicho. Pero la niña optó por sentarse al lado del dintel de la puerta del comedor, y desde allí, sentada en el suelo, escuchó claramente lo que conversaban:

— Y la paga es buenísima, negra. Fíjate que me alcanza para mandarle a la vieja su platica, y para que tú y yo pongamos un apartamento que, bueno, si el gallego ése llega a pasar con su camión se va a quedar erizado. Además, que dice Martínez que cuando me vaya cogiendo confianza el teniente, seguro me va a aumentar. Si tú ves a Martínez, negrita, no lo vas a conocer. Está acabando: se ha puesto dos dientes de oro, y anda con tremenda medalla de la Caridad del Cobre.

A pesar de que Miguel hablaba casi en susurros, por su tono de voz Alejandra entendió que estaba lleno de alegría, de triunfo, como Paco cuando le leía a Teresa un artículo recién escrito, o como Federico cuando bateaba un *jonrón*. Lina, en cambio, tenía sus dudas: ¿Acaso Miguel no le había dicho que ese trabajo iba a ser en Santiago? ¿Por qué se había tenido que ir para La Habana? ¿Sería que ese tal teniente de la Secreta era de esos torturadores de los que hablaban por ahí? ¿Y si ese tipo tan bebedor, tan guarachero, llevaba a Miguel a meterse con las putas? Miguel, después de ofrecer explicaciones, cambió súbitamente de táctica y comenzó a burlarse de las preocupaciones de Lina, tachándola de celosa. Hubo un forcejeo, pero la voz de Lina era perentoria.

— Estate quieto, Miguel, aquí no podemos hacer nada. No has debido venir hasta acá.

— Yo sé, negra, pero ¿yo qué iba a hacer? Mañana ya tengo que volverme a ir. Llevamos como seis meses sin vernos . . .

— Cinco meses veinte días.

— Ya tú ves.

Y después de una pausa:

— ¿Oye, es que tú no te alegras de que me haya resultado esa pega tan buena?

— Claro que me alegro. Pero, ¿y mis estudios, Miguel? ¿Será que yo en La Habana voy a poder seguir estudiando?

— Bueno, ven acá, chica, ¿y qué necesidad tienes tú de seguir matándote en una escuela nocturna, cuando ya vas a tener un marido que te va a mantener?

— Ah, no, Miguel, eso sí que no. Lo primerito que yo te dije cuando empezamos a andar juntos, fueron mis planes. A mí me gusta ganarme mi propia plata. Además, los mismos profesores me dicen que yo tengo capacidades. . . ¿Y ahora qué te pasa? ¿Por qué pones esa cara?

— ¿Cuál cara, chica, cuál cara? Lo que pasa, negra, es que tú te vas a tener que decidir. Si lo que tú quieres es seguir estudiando y llegar a ser profesora de la Universidad, allá tú. Pero yo lo que necesito es una mujer, no una catedrática.

— ¿Ah, sí? Entonces todo eso que me dijiste cuando empezamos, de que a tí te gustaba una mujer inteligente, una mujer *echá p'alante*, todo eso eran puros cuentos, puro jarabe de pico. Tú lo que quieres es quién te cocine y te planche la ropa.

— ¡Esto sí que es grande, caballeros! ¿De manera que tú crees que yo tengo que venir hasta la Conchinchina a buscarte, tengo que aguantarme seis meses sin verte, nada más porque en La Habana no consigo quién me lave y quién me planche?

— Nadie tiene que venir a buscarme. El que crea que viene aquí por obligación, puede ir saliendo como un tiro por esa puerta. Y que todas éstas que están tan dispuestas a atenderlo, lo atiendan y sanseacabó.

Durante un rato, los dos jóvenes siguieron discutiendo, pero en voz cada vez más baja. Finalmente Alejandra no escuchó ya palabras, sino los quejidos más leves imaginables, los más dulces, como de un dolor suave pero pleno, envolvente. Entonces decidió entrar sigilosamente en la cocina, para asomarse por la ventanita encima del fogón, trepándose en una silla y luego encima del mostrador de la cocina. Desde allí, vió a Lina acostada en el suelo, en el piso reluciente junto al lavadero, con Miguel boca abajo encima de ella. Las piernas de Lina, que abrazaban las nalgas del joven, relucían a la luz de la luna, y ambos se mecían en un baile primitivo y total. La cara de Lina, la única que alcanzó a ver, estaba llena de la luz de un gozo misterioso, inevitable, que la niña jamás había imaginado, pero que de algún modo ya conocía. Entonces sintió un leve olor a miel, volvió la cara hacia la repisa que quedaba a la altura de su cabeza, y se encontró con los ojos de Ochún, sonriéndole.

* * *

Los cuentos de Lina habían sido una bendición dos años antes, durante aquel par de meses en primer grado cuando Alejandra tuvo por maestra a Eloísa Ramírez. La maestra Eloísa era una mujer alta y gorda, con una trenza rubia enroscada sobre la cabeza como una corona. Tenía los ojos de un azul penetrante, que parecían afilarse como cuchillos cuando contaba cuentos. Sus dos temas favoritos eran el pecado y el infierno. El infierno era un castigo del cual no podía escaparse nadie con mentiras o con disimulos; Dios lo veía todo, vigilaba a todos de noche y de día. Lo malo era que el diablo tenía la misma habilidad, y siempre

estaba tratando de engañar a la gente. Por ejemplo, el diablo casi siempre aprovechaba cuando uno jugaba sin que nadie lo vigilara. Por eso los niños no debían nunca jugar “dos solitos”, sino entre varios, y que siempre estuviera un grande viendo. Porque “dos solitos” podían fácilmente caer en el pecado.

Pronto la niña empezó a tener pesadillas, y a inventar excusas para no irse a la cama. Porque la maestra Eloísa decía que entre los pecados más graves que podía uno cometer estaba el de tocarse el cuerpo de noche en medio del sueño. Por eso había que rezarle mucho al ángel de la guarda, para no caer en inmundicias sin darse cuenta.

Una noche Alejandra soñó que jugaba con César, pero de pronto se dio cuenta de que no tenía pies sino patas de cabra, igual que el diablo. Se despertó sobresaltada y vio con toda claridad, entre las ramas del árbol que se mecía frente a la ventana, la cara burlona del demonio, con cuernos retorcidos y una boca enorme, amoratada, de labios gruesos y húmedos, de dientes amarillos y afilados. Tenía los ojos azules y vidriosos como los de la maestra Eloísa. Sólo cuando sus papás entraron al cuarto, corriendo, se dio cuenta Alejandra de que había estado gritando. Con Teresa y Paco flanqueándola, cada uno recostado en un borde de la cama, finalmente se quedó dormida.

Al día siguiente, conversaron con ella hasta que les habló de los cuentos de la maestra Eloísa. Muy pronto la maestra desapareció del colegio.

Pero el miedo duró un tiempo más. Para hacerla dormir, sus papás le leían cuentos de hadas, y su voz la arrullaba. Lina, en cambio, le contaba *patakíes*. Había *patakíes* para todo: para mostrar que siempre acaban mal los fanfarrones, la gente mentirosa, tacaña, los ladrones. Otros daban consejos: que no se debe guardar dinero de otros, ni darse ínfulas con la familia, ni desatender los consejos de los viejos y de los muertos. Otros explicaban por qué las cosas son como son: por qué el gato caza ratón, por qué el mono es tan saltarín, o por qué la jicotea esconde la cabeza y las patas en la caparazón, hasta que se vuelve una roca. Pero los que más le gustaban a Alejandra eran los que trataban sobre la vida de los orichas.

Le encantaba saber que los dioses tenían defectos como cualquier persona, que se hacían trampa y se burlaban unos de otros. A veces cometían errores, algunos bastante graves, como robar. Changó, por ejemplo, un día tenía mucha hambre (porque los orichas también pasaban necesidades), y convenció a Yemayá que lo ayudara a robarse unos ñames. Yemayá entró al conuco de Ogún con Changó trepado en sus hombros, sujetándolo por las piernas, mientras él, con una alforja en el brazo, arrancaba las matas de cuajo y echaba los ñames en la alforja. Cuando Ogún llegó, donde habían estado sus matas sólo quedaban las ramas y las hojas, pisoteadas en el barro. Así que se fue a casa de sus hermanos, a averiguar la cosa. Cuando entró a la de Changó, se lo encontró sentado junto a Yemayá, comiendo ñames recién cocinados. Indignado, le preguntó si él había sido el ladrón, pero Changó le respondió, con el mayor desparpajo, “Yo no he puesto los

pies en tu conuco”. Y era cierto. Cuando Ogún le preguntó a Yemayá si ella le había robado, la diosa, muy digna, le contestó, “Yo no he tocado ningún ñame dentro de tu conuco”. Qué risa ese Ogún, tan distinto del Dios de la maestra Eloísa: como no podía verlo todo, nunca llegaba a saber quién le había robado sus ñames.

Claro que también existía un Dios supremo, Olofi, u Olofin, también llamado Olodumare. Ése sí lo sabía todo. Pero Olofin era un Dios sin ningún interés por la vida de la gente. Como decía Lina, “Olofin hizo el mundo, pero casi nunca se mete en nada. Está jubilado, como tu abuelo Ricardo”. Poco a poco la niña volvió a dormir sin necesitar compañía. Caía como una piedra, y ningún ruido lograba despertarla.

* * *

Una noche, mientras Alejandra dormía, a su cuarto fueron llegando uno a uno todos los habitantes de la casa. Llegó primero Lina, descalza y con una bata puesta al revés, y se quedó mirando por la ventana; luego Paco y Teresa, en pijamas y pantuflas; y por último Federico, en su pequeño calzoncillo. Venían todos atraídos por el golpear rítmico que venía desde la calle: tres tambores rústicos tocados por dos hombres negros y uno mulato, todos sentados en taburetes y todos sin camisa. Sobre la gruesa voz de los tambores cabalgaba el canto gangoso y áspero pero extrañamente armónico del “gallo”, un hombre negro, alto y fornido, de unos cuarenta años. Cantaba en un idioma africano que sólo Lina parecía entender, puesto que de vez en cuando movía los labios, como tarareando para sí misma alguna frase de los coros. De cara a los tambores bailaba una veintena de hombres y mujeres negros, varios mulatos, y dos o tres blancos. Todos seguían el mismo paso, hipnóticamente repetitivo, pero a la vez muy similar a los bailes cubanos de salón, al son o la guaracha. El paso sólo cambiaba cuando el “gallo” iniciaba un nuevo canto, al dirigirse a un oricha distinto. La calle, que podía servir de antesala al solar cercano, y éste al monte, se había convertido en un templo.

—¿Por qué tienen esa fiesta en la calle, mami?— preguntó Federico, restregándose los ojos.

—No es una fiesta, mi amor. Es la forma de rezar de esos señores— contestó Teresa.

— Ah — contestó Federico. Y enseguida susurró—¿Esos son ñañigos?

— No, Fede, son santeros— le respondió Lina, con un dejo de dignidad ofendida, pues los ñañigos, miembros de la esotérica Sociedad Abacúa, tenían muy mala reputación.

— En Santiago no hay ñañigos, Federico— dijo Paco. —Además, no hay que tenerles miedo, todo eso de que los ñañigos se roban niños es mentira.

Durante un buen rato siguieron observando cómo tocaban los tres tambores y bailaban los fieles. De repente uno de los bailarines, un hombre

huesudo, con el pecho hundido, empezó a estremecerse convulsivamente. En ese momento Teresa y Paco se llevaron de la mano a Federico para acostarlo a dormir, y no volvieron. Alejandra seguía durmiendo. Lina se quedó un rato viendo cómo el cantor se le acercaba al que estaba a punto de caer en trance, y le cantaba cada vez más alto, mientras los otros fieles lo rodeaban, sin dejar de bailar, y continuaban coreando las frases rituales, pero ahora con mayor fuerza. Cuando cesaron las convulsiones, aquel hombre enclenque comenzó a saltar en múltiples vueltas de carnero, sin tocar el suelo, con la rapidez y el vigor de un atleta olímpico. Finalmente levantó un rostro transfigurado, unos ojos que parecían no ver, y dijo unas cuantas frases en yoruba. “Quiere que lo vistan y le den comida”, tradujo alguien. Entonces se lo llevaron hacia la casa de enfrente; cuando salió de nuevo, estaba vestido con un blusón rojo y blanco, llevaba sobre la frente una corona roja en forma de castillo, y al cuello varias sargas de cuentas de los mismos colores. Luego se sentó en un taburete, al lado de la puerta de la casa, y recibió un tazón humeante. Hasta la nariz de Lina llegó el olor suave pero inconfundible de un guiso de quimbombó y tomate, del cual comió el santo. “Es Changó”, murmuró ella, todavía atisbando por la ventana del cuarto de Alejandra. “*Aché*, papá”. Después de repetir varias veces esta jaculatoria, y viendo que los cantos habían cesado, también se fue a dormir.

Al poco rato el bembé se reinició, pero ya en la alcoba sólo quedaba la niña, durmiendo plácidamente. Uno tras otro, varios orichas descendieron a aprovechar el cuerpo de alguno de sus hijos y de sus hijas para bailar y andar entre los mortales. Además de Changó, (el oricha guerrero, el más viril y seductor de todos, el bello, el irresistible, el gozador, el mejor bailarín, el santo de los rayos y rey de los truenos, el varón temible que es a la vez Santa Bárbara, la virgencita buena), bajaron Yemayá, madre por antonomasia y diosa del mar, Obatalá, señor de la justicia, la paz y la pureza, y por último Ochún, oricha del amor y señora de las aguas dulces. En pocas horas terminó el bembé, y los fieles se dedicaron a comer y a conversar, dentro y fuera de la casa. Finalmente, ya muy tarde, los orichas se fueron yendo, uno a uno, y los fieles también se retiraron. La calle volvió a quedar solitaria y en silencio.

*Entonces Obatalá le hizo una seña a Ochún, pidiéndole con la mirada que bendijera a su hija, Alejandra. Y Ochún, siempre alegre y servicial, quiso complacer a Obatalá. Así que se transformó en un pequeño pavo real de plumaje tornasolado para entrar sigilosamente por la ventana al cuarto de Alejandra. Una vez al frente de la cama de la niña, que seguía durmiendo con su cabello rubio esparcido sobre la almohada, el pavo real se convirtió nuevamente en Ochún. Estaba deslumbrante con su piel oscura y brillante como el cobre, su negro cabello tejido en mil pequeñas trenzas, sus collares de ámbar y sus múltiples faldas amarillas. Llevaba en la mano un güiro lleno de **oñí**, su miel sagrada. Cantando en un susurro acariciante, la linda virgen de la Caridad del Cobre tocó la miel con su dedo índice, y ungió con ella la frente de la niña, los dos*

párpados cerrados, la nariz, la boca entreabierta, las orejas, la garganta, el pecho, el pequeño monte Venus, que hacía un bulto diminuto bajo su bata de dormir, y por último los pies. Alejandra siguió durmiendo con la misma placidez después de exhalar un profundo suspiro. Ochún la contempló por unos instantes, sonrió, y nuevamente se transformó en el pequeño pavo real de plumas irisadas para volar por la ventana hacia el monte vecino.

* * *

*“Vaya la niña divina”,
dice el padre, y le da un beso,
“vaya mi pájaro preso
a buscarme arena fina”.*

José Martí
Versos sencillos

Lo de la bicicleta fue toda una batalla. Una mañana Alejandra se paró al lado del tocador mientras su mamá se peinaba, y le pidió que le comprara una. La niña sabía que Teresa pensaba que las bicicletas eran peligrosísimas, así que utilizó toda clase de argumentos: que podían comprársela con dos rueditas al lado de la rueda trasera, como la de Vicky, su vecinita, y que así nunca jamás se caería; que además a ella no le importaba que le tuvieran que coser la rodilla, como le habían tenido que hacer a Vicky; que a ella que le cosieran no le dolía. Aunque Teresa se rio y le dio un beso, Alejandra se dio cuenta de que la respuesta seguía siendo que no.

Cuando la madre se fue, la niña le dijo a Lina que se iba a leer a su cuarto, pero en realidad esperó que saliera a barrer el portal, y se escabulló por la puerta trasera. Temblando de la expectativa, pero decidida, entró al patio de la casa de Vicky, donde siempre dejaba la bicicleta, y la sacó sin hacer ruido. A los pocos minutos estaba montada en ella a unas cuerdas de la casa. Al principio se tambaleaba, pero ya había montado antes, aunque brevemente. Pronto pudo pedalear más fuerte y más rápido. Nadie apareció, nadie se le atravesó. Le dio varias vueltas a la manzana, concentrada en el ejercicio y en la velocidad, dueña del espacio, poseída por el espíritu del aire. Sólo la sed y el cansancio la hicieron pensar en regresar, y sólo entonces se acordó de que Lina debía estar buscándola.

Tan pronto como dejó la bicicleta en su lugar se topó de frente con ella, que andaba por la calle, con cara de desesperación. Primero la abrazó, luego le dio dos palmadas en la cara, y volvió a abrazarla. Pero la niña sabía que no les diría nada a sus papás.

A los pocos días, aprovechando que el abuelo Ricardo la llevó a pasear, Alejandra le contó que no querían comprarle una bicicleta. El día de su cumpleaños

se la regaló, y él mismo la llevó a la calle a ensayarla. Como la manejó bien desde el primer momento, sus papás no tuvieron más remedio que aceptarlo, aunque le hicieron miles de recomendaciones. Dos o tres años después, el Día de Reyes, les regalaron simultáneamente, a Federico y a Alejandra, sus primeras bicicletas “de grandes”. Federico quedó encargado de acompañarla cada vez que la niña saliera a montarla. La niña protestó con vehemencia, y Federico también, porque no quería tener que cargar con ella. Pero no hubo remedio, y como Alejandra estaba en la gloria con aquel aparato, se resignó a soportar el insulto.

* * *

Alejandra rara vez había visto llorar a Lina, pero por más que le preguntó, no logró que le contara qué le dolía. “No me pasa nada. Se me metió el humo en un ojo”, fue lo único que le contestó.

Esa mañana Miguel había vuelto, después de casi tres meses sin que Lina tuviera noticias de él. Lina y él hablaron un buen rato por la ventana, en voz tan baja que Alejandra, que estaba leyendo un libro a pocos pasos de ellos, no oyó nada. Al final, los susurros se fueron haciendo más tensos y se hizo obvio que estaban discutiendo. Cuando Miguel se fue, Lina se encerró en su cuarto, de donde salió al rato, recién bañada. Después siguió preparando el almuerzo, muy callada, y estuvo cabizbaja y seria todo el tiempo.

Pero tarde o temprano Alejandra se enteraba de lo que le pasaba a Lina. Mientras le ayudaba a recoger la ropa seca de las cuerdas del patio, salió de la casa de al lado 23

Carmita, la empleada de la vecina, y Lina le contó que había peleado con Miguel. Según ella, “ese hombre” la estaba “vacilando”, diciéndole que no podían casarse, porque iba a tener que renunciar a aquel trabajo tan bueno, que al principio lo tenía tan entusiasmado. El muy sinvergüenza se negaba a decirle por qué.

Carmita, por su parte, no quiso admitir que Miguel fuera “envolvente”, ni que le hubiera cogido la baja a Lina. Algún problema tendría el pobre. Lo mejor sería llamar a Tony, su hermano, y el mejor amigo de Miguel, a ver si sabía qué le estaba pasando. Lina no tenía mucha fe en ese recurso, porque lo más seguro era que él quería seguir con ella, pero de camaján, metiéndole el paquete de que sí, que no, que frito fue y mal se cocinó. Pero ella no era ninguna guanaja.

Cuando volvieron a la casa, Lina siguió pensativa. Alejandra no logró que jugara con ella en toda la noche.

* * *

Miguel y Tony conversaban en voz baja, sentados frente a sus cervezas en la mesa más lejana al mostrador, en un café casi desierto.

— No debes dejar ese trabajo, hermano — dijo Tony. — Hay que aprovechar ese chance. ¿Tú sabes la cantidad de cosas que tú puedes averiguar estando ahí? Coño, ese tipo de cosas son las que nosotros necesitamos saber. Además, que tampoco te conviene irte. ¿Tú no dices que al otro, a Martínez, lo partieron, solamente porque se puso a criticar al teniente?

— No, realmente ni siquiera lo criticó. Lo único que les dijo fue que dejaran tranquila a esa pobre muchacha. Es que era demasiado ya. Uno como hombre aguanta, pero verla vuelta mierda, sangrando hasta por los ojos... Era estudiante de la Universidad. Y éstos allí, montándola uno detrás del otro. Una cosa del carajo, yo estaba a punto de vomitar. Entonces nos llaman, hermano, que si nosotros también queríamos. Yo me quedé callado, pero él sí les dijo que por qué no la dejaban quieta. Ahí fue donde esos cabrones empezaron a reírse, y a decirle comemierda y maricón. Yo creía que la cosa no pasaría de allí, pero al otro día, Martínez por ninguna parte. A mí me dijeron que lo había atropellado un carro. Pero el vigilante, que es amigo mío, me contó que el teniente lo había emborrachado y se lo había llevado del cuartel. Y que después los oyó diciendo que era mejor así, que Martínez andaba envalentonado desde el día que los había visto hacer no sé qué cosa, que ese negro ya era un peligro.

— Es lo que te digo, que si tú te vas, van a pensar que tú también sabes algo...

— Él a mí no me contó nada, compadre. Y al teniente voy a decirle que alguien de mi familia está enfermo, que me necesitan en la casa. Es que yo sé que si me quedo, un día se me va a llenar la cachimba de tierra y voy a acabar dándole trompadas al tenientico ese de mierda, y p'al carajo. Porque Martínez, en estos meses en que yo estuve solo allá en la Habana, se portó conmigo como si fuera de mi familia. Era buena gente ese negro, buena gente de verdad.

— Entonces, viejo, razón de más para que no te vayas. Primero, porque ellos no van a querer dejarte ir, y segundo, porque si te quedas, puedes ayudarnos, contarnos cosas que nos sirvan para partirles el alma a esos hijos de puta.

— Pues yo no sé, Tony... En todo eso de la injusticia social tienes razón, y en lo de la corrupción, más todavía, pero mi familia es de gente pacífica, nunca nos metemos en nada...

Para Miguel, la preocupación principal era qué sería de su madre y sus hermanos si a él le pasaba algo por andarse metiendo en camisa de once varas. Sin embargo, sin comprometerse en nada, finalmente le preguntó:

— Bueno, si acaso me meto, ¿qué sería lo que yo podría hacer?

* * *